

MEMORIA

159

DIRECTOR: HÉCTOR DÍAZ-POLANCO

MAYO 1992 2082 NÚM. 159 \$ 25.00

El enigma de los partidos en México

Alonso Aguilar Monteverde
Alberto Aziz Nassif
Octavio Rodríguez Araujo

La embestida contra el trabajo

Felipe Zermeño
Eduar Velasco
Sergio G. Sánchez
Raúl J. Lescas

Las voces críticas de Monterrey

Fidel Castro
Hugo Chávez
Declaración del Foro Global



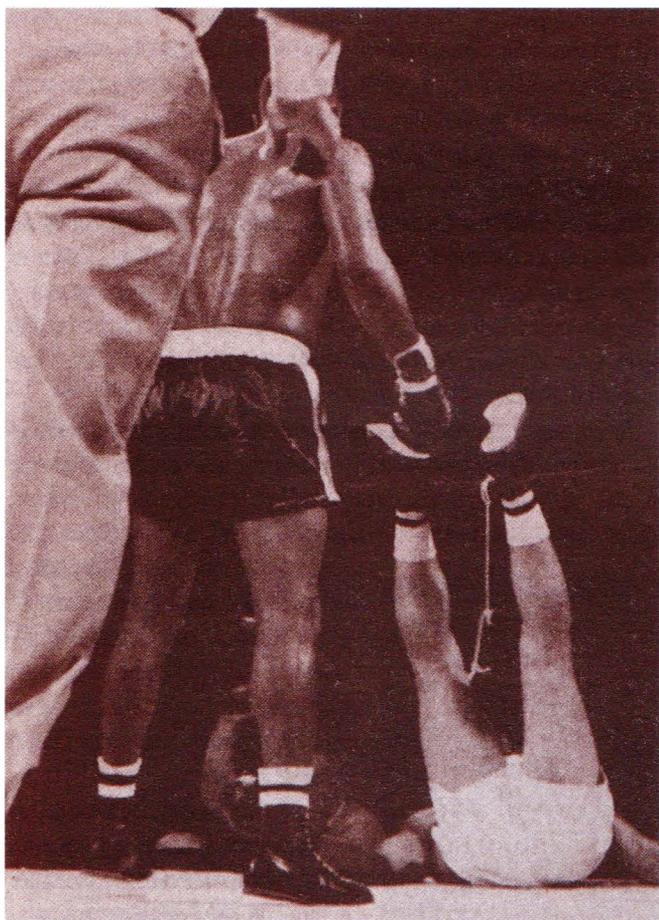
Palestina:
el expediente de Sharon es atroz



Venezuela: entre la reforma y la revolución

Democracia, independencia, capitalismo y crisis

Alonso Aguilar Monteverde



Héctor Díaz Polanco invitó gentilmente a varias personas, entre otras al que esto escribe, a participar en un *dossier* sobre *Democracia y Partidos Políticos en México*, con reflexiones “que abarquen un amplio abanico de enfoques” y dejen “a los colaboradores... abordar las cuestiones y poner énfasis en los aspectos que consideren pertinentes.” Pues bien, considerando que de esa manera podemos comprender mejor lo que acontece en nuestro país e incluso avanzar al menos hacia cierto consenso, me referiré brevemente a algunas cuestiones que parecen importantes.

¿Es México ya una democracia?

En años recientes, cobra en México significación el debate sobre la democracia. Y si bien es positivo que se preste a ella mayor atención, pues antes se la dejaba a menudo de lado como un asunto secundario, estamos todavía lejos de que el problema se reaparezca en su conjunto y en forma adecuada. Reconociendo, por ejemplo, que el régimen electoral y concretamente los comicios deben ser democráticos, esto es, que en vez de imposiciones de arriba abajo, como las que sufrimos en los últimos decenios bajo el régimen del PRI, los votos de los ciudadanos sean secretos, se emitan libremente y se cuenten con honestidad, es decir, sin

trampas, irregularidades y aun verdaderos fraudes, lo que ocurre en nuestro país deja ver que —sin menospreciar la elección presidencial de julio de 2000, y el que el partido del gobierno, que ganaba de todas todas, haya perdido y reconocido su derrota— estamos todavía lejos de haber logrado democratizar nuestra vida social e incluso de que podamos hablar con fundamento de una transición democrática.

Sin ir más lejos, las elecciones internas de dos de los tres principales partidos —el PRI y el PRD— realizadas en días pasados, revelaron fallas de organización, irregularidades, prácticas antidemocráticas e incluso viejos vicios, y dieron lugar a múltiples impugnaciones, que com-

prueban que al menos los partidos políticos tienen todavía mucho por delante para operar en forma democrática. En cuanto al PAN, aunque trató de dar la impresión de que todo se había hecho de manera diferente, en unidad y armonía, la verdad es que a su presidente lo reeligió no los miembros del partido sino un Consejo que, según numerosas personas, es cada vez menos representativo. Y el saldo, o sea la reelección de Bravo Mena dejó ver que los viejos y más conservadores panistas, a la cabeza de los cuales está el “jefe Diego”, ejercen gran influencia en el partido. Pues bien, todo ello no debiera sorprendernos pues lo cierto es que en México no hay democracia tampoco en el gobierno, en las empresas, en los sindicatos, en las universidades, en la prensa y otros medios de difusión, en la iglesia, ni menos todavía en el reparto de la riqueza y el ingreso. Por todo ello, a quienes se dejan llevar por el entusiasmo y hacen cuentas alegres, habría que recordarles al menos dos hechos no solamente antidemocráticos sino que representan obstáculos difíciles de superar.

Uno de esos hechos consiste en que, precisamente cuando según algunos avanzamos hacia la democracia, se mantiene y aun extrema la conservadora política neoliberal impuesta desde hace años y que, aparte de autoritaria, contribuye a acentuar la desigualdad social y a hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Y aunque esa política habla mucho de democracia y a menudo identifica mercado y libre comercio con ella, lo cierto es que limita, viola y aun cancela derechos esenciales, sobre todo colectivos, profundiza la explotación, combate la organización sindical de los trabajadores y, al permitir que incluso sean otros, no los mexicanos, quienes decidan desde más allá de nuestras fronteras lo que aquí se haga, no sólo acepta que se lesione la soberanía sino que, en realidad, renuncia a ella.

Lo anterior quiere decir, y este es el segundo hecho importante en que es preciso reparar, que la dependencia, presente desde siglos atrás,

bajo la mundialización del capital, la globalización y las conservadoras políticas en boga se acentúa, adquiere nuevas modalidades y por sí sola da cuenta de que en un país sometido a poderosos intereses extranjeros no puede haber una genuina democracia.

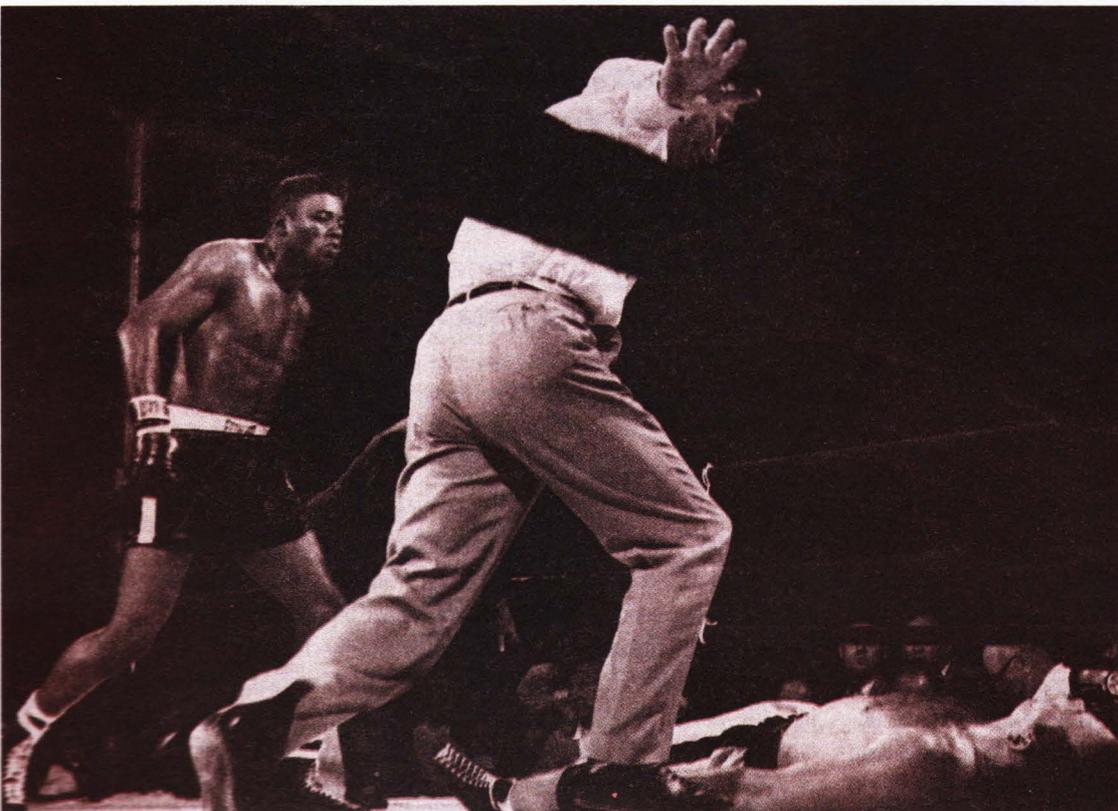
Reconocer que hay una profunda crisis es condición para librarnos de ella

Si solamente reparamos en problemas aislados, así sean graves, no entenderemos la situación a que nos enfrentamos. El presidente Fox, por ejemplo, ha repetido recientemente que en México no hay crisis y que nuestra economía es incluso de las más sólidas y estables. Otras personas, aun reconociendo que problemas como la corrupción, la inseguridad, la violencia, el narcotráfico y el hecho de que la pobreza afecte a millones de mexicanos son muy serios, piensan que por fortuna no hay una crisis que afecte la estructura socioeconómica básica de nuestro país. Y otras más, admitiendo que hay problemas sociales y económicos que reclaman atención, creen que lo que no hay es una crisis política. Cuando así se examinan las cosas, no se advierte la dialéctica del proceso, es decir, las estrechas y complejas interrelaciones, a través de las cuales se entrelazan los más diversos elementos e incluso, cuando se habla de crisis, con frecuencia parece pensarse que ésta debiera ser como las de otros tiempos y desenvolverse de manera análoga y, si no es así, es entonces porque no hay crisis. O sea que no se comprende que, entre los múltiples fenómenos que han cambiado y no son hoy como antes, están las crisis. Pero el que éstas sean distintas no significa que no estén presentes.

La crisis actual no es desde luego idéntica a la de los años treinta del último siglo y difiere también de los desajustes que ligera y brevemente interrumpieron la larga fase de expansión de la posguerra; no obstante, son múltiples los signos que dan cuenta de ella y de que ésta no es sólo

una crisis económica o financiera sino también social, política, ideológica y cultural, y que, como otros fenómenos, aunque no se exprese del mismo modo y simultáneamente en diferentes países, tiene además un alcance global.

La inestabilidad, las tendencias inflacionarias y, en los últimos años sobre todo deflacionarias y recesivas, el aumento del desempleo, las bajas tasas de inversión y crecimiento económico, la especulación sobre todo en los mercados de cambios y de valores, la debilidad y aun la quiebra de numerosas empresas, incluidos poderosos bancos —como lo vimos los mexicanos en el sucio negocio de Fobaproa—, la cada vez mayor dependencia del capital extranjero, los desajustes de las balanzas de pagos, las enormes deudas externas de hecho ya impagables y las sumas gigantescas de dinero —en realidad, capital ficti-



cio— que, pese a las políticas monetaristas restrictivas, crecen a un ritmo muchas veces superior y en cierto modo divorciadas ya de la producción y la acumulación de capital, son todos ellos signos de una crisis económica profunda y persistente, que en economías como la mexicana se expresa hoy incluso en el estancamiento.

En todas partes, se habla con preocupación de la dramática pobreza que aqueja a millones de personas, pero a menudo no se repara en la profunda desigualdad que subyace en ella y en que la concentración de la riqueza en una pequeña minoría es quizá la causa principal de esa injusta situación. Y la crisis social va más lejos y se expresa, además, en violencia, inseguridad, explotación, narcotráfico, crimen, discriminación, conflictos de diferente naturaleza —entre otros raciales y religiosos—, creciente descontento y descomposición de la vida familiar.

Aun quienes admiten que vivimos bajo una profunda crisis, suelen pensar que ésta no es propiamente política. En parte, ello se explica porque las condiciones políticas difieren sensiblemente de unos países a otros y, en parte, porque con frecuencia no se advierte que, independientemente de su naturaleza, cuando un problema se vuelve persistente y cada vez más difícil de resolver, por ese solo hecho adquiere carácter político. Por ejemplo, eso pasa hoy con el desempleo y la cada vez mayor incapacidad para asegurar a millones de personas una ocupación estable que les permita trabajar y vivir dignamente y pasa también con la desigualdad social, la antidemocracia, la dependencia y la lucha por la soberanía y la independencia.

Al margen de ello, problemas como el autoritarismo, la constante violación de derechos humanos esenciales, la concentración del poder de decisión en pequeños grupos económicamente poderosos, la intervención ilegal de Estados Unidos en los asuntos internos de nuestro país, las fallas e irregularidades en las elecciones, la derechización que acompaña a las políticas neoliberales, el desmantelamiento del Estado, la incapacidad de las fuerzas democráticas para conjugar esfuerzos y unirse, la tendencia de los partidos a creer que de ellos depende el cambio y el progreso, y no de constelaciones de fuerzas mucho más amplias y heterogéneas, todos son signos de una crisis política que, lejos de resolverse, bajo el capitalismo globalizador se extiende cada vez más.

La actual crisis, dije antes, es también cultural, o sea una que afecta el proceso de trabajo y la forma de ganarse la vida, la educación y capacitación, ciertos valores y tradiciones, la actividad y la identidad cultural, los medios de difusión, el orden institucional y la vida familiar.

Y aunque se repite con frecuencia que, en la llamada “era de la información y el conocimiento”, los hechos cuentan más que las ideologías y éstas pierden significación y quedan en un segundo plano, lo cierto es que siguen presentes y que la ideología dominante ejerce todavía gran influencia, aun cuando también es verdad que a veces la realidad se abre paso ante explicaciones parciales e inadecuadas que, aun divorciándose cada vez más de ella, siguen siendo la “sabiduría convencional” que muchos consideran inobjetable.

Pues bien, el que la crisis y las contradicciones en que se expresa no se adviertan contribuye a que se crea que son las políticas en boga, y no desajustes más profundos y propiamente estructurales, la causa de los más graves problemas. Y en tanto no se repara en el proceso de acumulación y en general en el movimiento del capital, se piensa a menudo que, sobre todo bajo el neoliberalismo, lo que hace y deja de hacer el gobierno es lo fundamental.*

Necesidad de una verdadera estrategia de desarrollo

Muchas personas critican y rechazan las políticas neoliberales en acción y señalan que se requiere una nueva política e incluso una nueva estrategia de desarrollo. Pero cuando se refieren a ésta, o bien dan la impresión de que ya la tenemos, cuando en realidad no es así y tendríamos que construirla de abajo hacia arriba y con la participación de muy amplios sectores sociales, o bien sugieren hacer lo que ya se hizo sin éxito, o proponen medidas de corto alcance que no son propiamente estratégicas sino en el mejor de los casos meramente tácticas, y que corresponden muy de cerca a lo que sus partidos u organizaciones defienden.

Los viejos liberales no están de acuerdo, en general, con las políticas neoliberales y creen que si tan sólo volvemos a las políticas desarrollistas y populistas, de corte keynesiano, que ellos defendieron, resolveremos los problemas. Ciertas personas en la izquierda parecen, a su vez, estar convencidas de que algunas viejas posiciones eran y siguen siendo válidas, razón por la que debiera insistirse en ellas; y otras, en cambio, señalan que es preciso modernizarse, sin que en realidad quede claro en qué consistiría esa modernización. Inclusive es frecuente que quienes militan en un partido consideren que sus posiciones serán la base de una estrategia alternativa, sin reparar en que, aun no menospreciando tales posiciones, lo más probable es que no sean compartidas por los miembros de otros partidos ni por los ciudadanos no organizados.

Y lo que no deja de ser revelador es que, en una posición análoga a la de los partidos, que en general subestiman a quienes no están políticamente organizados y descuidan la relación con ellos, desde la llamada “sociedad civil” se incurre a menudo en un error similar, pues ciertas organizaciones ven a los partidos como un obstáculo, desconfían además del Estado e inclusive de la acción propiamente política y parecen pensar que, aun actuando aisladas unas de otras y trabajando en campos muy diversos y ante diferentes problemas, ellas serán las que promuevan y lleven adelante los cambios que el país requiere.

De mi parte, estoy convencido de que mientras no aprendamos a unirnos en la diversidad y no entendamos que la lucha por la soberanía, la democracia y la independencia sólo podrá triunfar en tanto incorpore a fuerzas muy amplias y heterogéneas, cuyas contradicciones se superen, más que en discusiones interminables, en la acción misma, seguiremos dispersos y débiles y, como ha sucedido hasta ahora, serán los elementos más conservadores de dentro y de fuera los que se impongan, en defensa del injusto orden de cosas existente.

Cuando se piensa en construir o forjar una estrategia de desarrollo, debieran quedar claras ciertas cosas. Una estrategia es mucho más que una política; es una línea de acción de gran alcance y a largo plazo en la que caben múltiples políticas sectoriales y de otro tipo, cuyos objetivos y medios han de ser precisos y bien definidos y cuya coherencia no sólo se establezca formalmente y de palabra sino en los hechos, es decir, en la práctica, apoyada por las fuerzas que la hacen suya. Siendo el desarrollo un proceso no sólo económico sino polifacético, la estrategia con la que pretenda impulsarse debiera ser también multidimensional, o sea establecer claramente lo que con ella se persigue en materia económica, social, cultural y política. Esto en otras palabras significa, a la vez, que ciertas cuestiones fundamentales como la democratización y

la lucha por la independencia, en lugar de quedar sueltas y dispersas o sólo aludir a ellas retóricamente, serían parte integrante fundamental de esa estrategia.

Nadie, por otra parte, debiera intentar hacer prevalecer sus propias posiciones sino buscar el mayor acuerdo posible con otras fuerzas, a partir de lo que, actuando con libertad y respeto mutuo, permita movilizar, organizar y unir no solamente a quienes promuevan esa estrategia sino inclusive a los amplios y diversos sectores a los que se pretende atraer y ganar.

Desde luego, no podríamos en este breve texto y espacio destacar lo que, concretamente en México, podría caracterizar a esa estrategia. Tan sólo con fines ilustrativos, cabría decir que una condición a satisfacer sería que las fuerzas democráticas y progresistas avancen en el intento de democratizar, al menos en ciertos aspectos, la vida del país. Porque, de no haber cambios que permitan a la gente, en particular a los trabajadores de todo tipo, desde obreros y campesinos a empleados, profesionistas, técnicos y pequeños productores y empresarios participar, en la toma de decisiones, podrá hablarse de muchas cosas pero no pasarán de palabras. Aun antes, una seria labor de esclarecimiento debiera hacer comprender al mayor número posible de hombres y mujeres lo que se busca y por qué, lo que ello significa y cómo pretende y, de lograrse que la gente participe, podrá alcanzarse. O sea que acaso la primera condición sería realizar una labor ideológica consistente, destinada a convencer que la idea de lograr un cambio que beneficie a la mayoría no es una ilusión ni una utopía, no es imposible, sino algo ciertamente difícil pero que está a nuestro alcance.

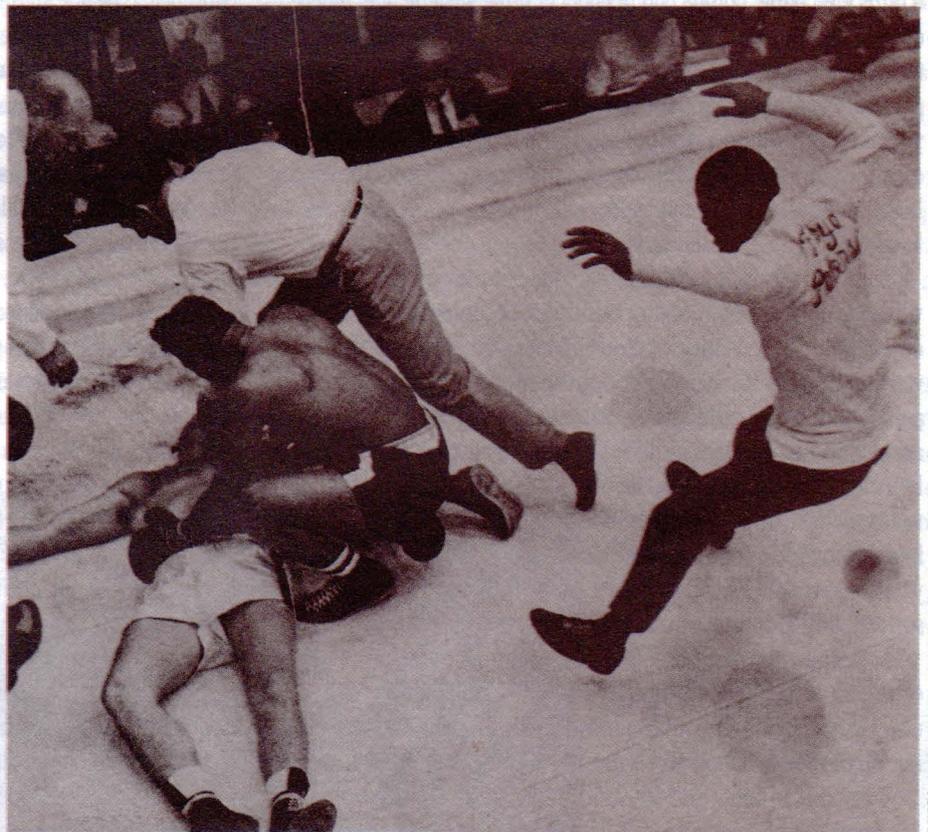
Otra cuestión, a mi juicio también fundamental, es que se comprenda que no únicamente los más grandes cambios, sino aun avances modestos, sólo se lograrán si el pueblo se prepara, se organiza, une y lucha resueltamente. O sea, nada está preestablecido ni es fruto de la casualidad o la buena suerte.

Es además muy importante que se entienda que propósitos lógicos e incluso inobjetables, como lograr que la inversión se eleve y reoriente, que las bases de nuestra economía se refuercen y la infraestructura productiva se modernice, que sin perjuicio de incrementar el valor, y en particular el valor agregado de las exportaciones, se amplíe sobre todo el mercado interno; que bienes intermedios y de capital en los que hoy se depende peligrosamente sobre todo de Estados Unidos, y que en forma aislada y sobre todo con otros países hermanos podamos producir, los impulsemos grandemente y, en fin, que el país produzca especialmente los bienes y servicios que nuestro pueblo requiere para trabajar y vivir mejor y que, sin perjuicio de introducir las nuevas tecnologías que más nos convengan, se manten-

ga un alto nivel de empleo, sobre todo en actividades que utilizan todavía abundante mano de obra y no tienen fácil acceso a las tecnologías más avanzadas.

Algo similar ocurrirá en el ámbito social y cultural, o sea mucho quedará en el papel y en buenas intenciones, de no crearse una nueva situación política que altere favorablemente la correlación de fuerzas, a favor del pueblo y de cambios de fondo.

El avance en la lucha por democratizar no sólo el régimen electoral sino la vida toda del país, por fortalecer la independencia nacional e impulsar y reorientar el desarrollo es, sin duda difícil, pero no imposible. Quien crea que, bajo un capitalismo subdesarrollado y profundamente dependiente como el que padecemos, todo ello podrá lograrse y que pensar en una nueva, diferente y mejor forma de organización social carece de sentido toda vez que ésta es ya inviable, llevaría las cosas demasiado lejos. Pero también se alejan de la realidad quienes conside-



FOTOS CAMPEONATO MUNDIAL FLOYD PATTERSON/INGEMAR JOHANSSON, SPORTS ILLUSTRATED, 1960

ran que bajo el régimen social imperante nada podremos lograr. Los primeros hacen suya la tesis inaceptable de que el capitalismo actual es el fin de la historia y los segundos olvidan que, pese a limitaciones insuperables del capitalismo, sobre todo en la fase monopolista, conseguimos no pocos de los progresos de nuestro país precisamente entonces, aunque desde luego no de manera gratuita sino gracias a largas y duras luchas.

En efecto, bajo el incipiente capitalismo de entonces, nuestro pueblo derrocó la dictadura porfiriana y poco después el gobierno traidor de Victoriano Huerta. Bajo ese capitalismo, triunfó la revolución, se expidió la Constitución de 1917 y se inició la reorganización institucional

de la república y, sobre todo, en el gobierno progresista de Lázaro Cárdenas se puso fin al maximato callista, se llevó adelante la reforma agraria, se impulsó la organización de los trabajadores, se rescataron ciertos recursos antes en poder de extranjeros y se nacionalizó la industria petrolera y empezó a promoverse el desarrollo industrial; y aparte de todo ello se mantuvo una política antifascista y antimperialista, se apoyó a la República Española y se abrieron las puertas del país a millares de personas, de España y otros países, a quienes se perseguía por sus ideas revolucionarias.

A propósito de quienes no advierten que el capitalismo y acaso sobre todo el imperialismo son en nuestros días un obstáculo formidable a la libertad y la independencia de los países subdesarrollados, hay entre otros riesgos el de que, en un momento dado, el conseguir unos cuantos puestos públicos bien retribuidos en gobiernos conservadores dominados por la burguesía, se confunda con la conquista del poder, y el que ciertos pequeños cambios sean vistos como expresión de la profunda transformación social a que se aspira y por la que es preciso luchar.

En nuestro concepto, por tanto, lo que una estrategia de largo alcance debiera considerar es que, si bien mientras el nuestro sea un país capitalista no podremos gozar de verdadera democracia, soberanía, independencia y una vida digna para la mayoría del pueblo, lejos de bajar la guardia y, menos todavía, de darnos por derrotados sin siquiera librar las batallas que esa lucha imponga, debiera hacerse todo lo posible para conseguir que las condiciones de trabajo y de vida de los hombres y mujeres, de cuyo esfuerzo cotidiano dependemos, sean cada vez mejores.

Otra exigencia a tener presente es que, como el capitalismo y el imperialismo han sufrido cambios significativos en los últimos decenios, la lucha por la democracia, la libertad, la independencia y el desarrollo se libre en adelante, no como en el pasado, sino de nuevas y mejores maneras. Y en vez de caer en un raso pragmatismo, las fuerzas democráticas deberán renovar y enriquecer su instrumental de análisis y entender inclusive teóricamente lo que acontece, o sea la forma en que se desenvuelve el proceso social, las contradicciones que lo condicionan y los factores de diferente naturaleza que obstruyen o facilitan su desarrollo, todo lo cual significa que, en vez de repetir viejas posiciones, debieran éstas ponerse a prueba ante los nuevos hechos, es decir, pensar y proceder de manera creativa y realmente revolucionaria, y no rutinaria y mecanicista. Y, como parte importante de ese necesario replanteamiento, que a partir de una actitud genuinamente autocrítica se supere toda expresión de dogmatismo y de esquematismo, pues no pocas veces incurrimos en esas fallas y, o bien repetimos viejas ideas ya invigentes, o bien caemos en el error de considerar que una apreciación parcial, esquemática y simplista nos da el conocimiento profundo de la realidad que se requiere para contribuir a transformarla.

Finalmente, si la estrategia que guíe la acción y el proceso de cambio ha de ser realmente de largo plazo, sin perjuicio de hacer todo lo que se pueda bajo el régimen del capital, será también preciso empezar a formular una teoría de la transición hacia una nueva forma de organización social menos injusta, digamos un nuevo tipo de socialismo, que responda a las condiciones y posibilidades de hoy y de mañana y sea capaz de resolver los problemas que el capitalismo no ha resuelto ni resolverá en adelante.

Esta sola tarea es sin duda de gran complejidad, pero necesaria si queremos saber hacia dónde vamos y cómo alcanzar nuevas y ambicio-

sas metas. Desafortunadamente no son pocas las personas que de buena fe sugieren a menudo que la transición que más importa es hacia la democracia, bajo el actual sistema social, y que ni siquiera se plantean la verdadera transición, o sea cómo lograr sentar las bases y avanzar hacia una sociedad menos desigual e injusta.

En el marco de esa estrategia, tanto bajo el capitalismo como en la nueva sociedad que lo suceda, al margen de la necesidad de buscar una mayor cohesión y mejor articulación internas, lo que se haga nacionalmente deberá proyectarse hacia fuera, la relación con otros pueblos estrecharse y la integración y unidad de Latinoamérica y el Caribe, en particular, volverse un instrumento de primer orden que promueva, reoriente y refuerce nuestro desarrollo. Pero esa integración tendrá que ir mucho más lejos que hasta ahora, rebasar lo meramente comercial y aun lo económico en conjunto, rechazar que se la identifique con el proyecto de convertir al continente en un área de libre comercio dominada por Estados Unidos (ALCA), reivindicar, enaltecer y utilizar nuestro rico patrimonio cultural, reconocer como prioritarios los esquemas de integración latinoamericana, así sean modestos, y crear una verdadera Comunidad Latinoamericana de Naciones y, de ser posible, también Caribeña, que en adelante permita a nuestros países no sólo conjugar esfuerzos para atacar con éxito problemas comunes, hoy a menudo globales, sino para sumar fuerzas, apoyarse mutuamente, aumentar su capacidad de negociación e insertarse de mejor manera en el complejo mundo del siglo que ahora se inicia.

El hecho de que el descontento ante una situación tan injusta como la actual se extienda cada vez más es importante y el que a menudo y en general no coincidan los planteamientos y reclamos que hacen los inconformes no debiera ser razón para que se les menosprecie. Si bien sería preferible que tales posiciones se acerquen entre sí y que sus bases de acuerdo se amplíen, es comprensible y aun natural que, sobre todo en una fase como la presente, se adviertan incluso no pocas discrepancias. Aun así, la conjugación de esfuerzos es significativa y como se ha visto en varios casos, y sobre todo en el Foro Mundial de Portoalegre, entraña un indudable avance.

A la vez, sin embargo, es preciso entender que no basta oponerse a la globalización neoliberal y al "libre comercio". Quizá lo más importante a estas horas es descubrir que, más que libre comercio, lo que el capital trasnacional busca es máxima libertad para promover su expansión y para ello se ampara en supuestas leyes naturales y manos "invisibles", interviene ilegalmente en los asuntos internos de otros países y aun pretexta defender la democracia y los derechos humanos. Y, desde el criminal atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, del 11 de septiembre último, las cosas se han agravado y ahora resulta que conforme a la dura, intolerante, imperial y agresiva línea de George W. Bush y el Pentágono, quien no esté con ellos estará con los terroristas. Todo esto comprueba que la lucha de los mexicanos por la democracia y la libertad se libra en un marco que desborda nuestras fronteras y supera con mucho al PRI y al PAN, se enfrenta a grandes obstáculos y sólo podrá avanzar en tanto se la vincule estrechamente con la lucha por la independencia y por nuestra plena liberación. **M**

* Véase, del autor de estas reflexiones los libros *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1996, pp. 143 a 224; y *Globalización y Capitalismo*, Plaza y Janés, México, 2002, pp. 97 a 104 y 424 a 235.